

GUIA 6°.

Se sugiere que en esta guía, más que contestar un cuestionario, plasmemos por escrito la propia experiencia en torno a estas relaciones, teniendo en cuenta el perfil ideal (guía 5):

Relaciones conmigo mismo (madurez); Relaciones con los demás (comunidad); Relaciones con la misión (apostolado); Relaciones con Dios (como consagrados, los votos). Esta motivación ha de llevarnos a hacer una introspección y una retrospección. (Por supuesto, no hay que enviarla, será del todo personal). Las preguntas que aparecen solo son referenciales, sugerentes, para centrarnos en el tema. Partiremos de la siguiente introducción:

LA PAZ Y LA ALEGRÍA DE VIVIR

Lo que hay en nuestro interior es incomparablemente superior a lo que nos rodea por fuera, decía Santa Teresa de Ávila. Porque la interioridad es nuestra vida, la vida verdadera. Es el conocimiento propio, por tanto, el principio de la sabiduría; sin embargo ¡cuánto nos cuesta navegar por el interior! Esto es así porque todos los sentidos nos empujan hacia afuera. Y no se cansa el ojo de ver ni el oído de escuchar... Lo expresó bien San Agustín porque bien lo experimentó: Resulta que *Tú estabas dentro de mí y yo estaba fuera, y por fuera te buscaba, y deforme como era, me lanzaba sobre las cosas hermosas creadas por Ti. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían lejos de Ti todas las cosas que, si no existieran en Ti, nada serían...*

Todas las personas llevamos dentro un pozo de paz y alegría de vivir que anda cegado por las múltiples codicias y condicionamientos que adquirimos en la vida. Ese depósito es parte de cada uno, a pesar de los obstáculos con que cada uno tenemos que lidiar. Estos se vuelven manejables en la medida en que crecemos en conocimiento propio y libertad interior, y se vuelven inmanejables en cuanto vivimos enajenados, extrañados, lejos de nosotros mismos, a merced del viento de la superficialidad. Porque la vida es el 10% de lo que nos sucede, el resto se origina en la forma como tomamos lo que nos sucede. Liberar desde la interioridad ese ámbito de alegría y paz es abrir la puerta a la felicidad permanente.

“El Reino de los Cielos se asemeja a un tesoro que un hombre encuentra en un campo” dice el Maestro. Pues bien, el tesoro máximo de nuestra vida es conocernos, es descubrir dentro de nosotros el ámbito de la paz interior y el contento de vivir, que a su vez es la expresión de nuestra armonía e integración, la expresión de la presencia de Dios en nosotros. Hay personas que no conocen mucho de ciencia pero se conocen a sí mismos, han puesto en funcionamiento la estructura que los lleva a vivir en la alegría, en la armonía, en la unidad, en la paz. Son dueños de sí, es decir, encontraron el tesoro. Porque el saber puede hartar, pero lo que satisface verdaderamente es poder gustar internamente de las cosas.

Casi todos vivimos prisioneros de la imagen, de las racionalizaciones, de las codicias y eso nos impide gustar la paz. La violencia, la crítica, los reproches, la desconfianza, turban el alma porque apartan, alejan, disgregan, atiborran la mente y nos arrebatan la paz. Nuestra mente, nuestro interior, tienen su propio lenguaje: son los sentimientos. Voy por buen camino si vivo en paz y con alegría, voy por mal camino si prevalecen los sentimientos de turbación, tristeza, ansiedad, miedo...

Hablar de Interioridad es algo extraño a nuestro mundo porque el hombre actual es más exterior que interior y, a quien anda desparramado en lo exterior, le resulta difícil entrar en sí mismo. Sin embargo, solo cuando se entra dentro de sí y se distancia de la vida de los sentidos, cuando uno vuelve a su corazón, es capaz de conocer y de conocerse. El fruto maduro es la autenticidad. Los sentidos nos proyectan al exterior y captan solo lo que aparece superficialmente. Por eso el hombre sin interioridad es un ser anónimo, gregario, sin misterio. Es copia más que original.

La interioridad es el lugar de las preguntas y las certezas, pero sobre todo es el lugar de los grandes encuentros: encuentro consigo mismo, con los demás, y de seguro, con Dios. Las respuestas a las grandes preguntas surgen de la interioridad. Por tanto, esta dimensión es un lugar privilegiado para la plena realización del hombre. El camino de la interioridad agustiniana se caracteriza por la invitación a no caer en las redes del vacío o la superficialidad propios de esta cultura del ruido y la banalidad. Cuidar la interioridad es cuidar el corazón (es decir, la persona total). Hay que cuidar el corazón, saber qué sentimientos nos habitan, qué deseos nos pueblan, distanciarse del ruido y del trabajo, contemplar, tomar el pulso de la propia vida para aprender a vivir significativamente...

La interioridad no es huida, sino la raíz de la propia vida, la casa de la verdad, un espacio para el reconocimiento de la Verdad que lleva el ser humano impresa dentro de sí. Necesitamos la interioridad para poder oír la voz de la naturaleza clamando por la vida. Necesitamos el silencio para pensar que la vida incluye la justicia social, la paz y el respeto por todos los hombres; necesitamos la luz que nos alumbró nuestro camino y aprender a contemplar las maravillas que surgen de un amor verdadero. Necesitamos la fe para creer en la gratuidad y percibir a ese amor que desde dentro nos habita, porque *en Él somos nos movemos y existimos*.

a.- Relaciones conmigo mismo: La madurez y la autenticidad.

La dimensión humana y comunitaria. *“Tiende a acompañar procesos de formación que lleven a asumir la propia historia y a sanarla, en orden a volverse capaces de vivir como cristianos en un mundo plural, con equilibrio, fortaleza, serenidad y libertad interior. Se trata de desarrollar personalidades que maduren en el contacto con la realidad y abiertas al Misterio”* (D.A. n° 280).

Otra motivación: Confesiones, 8, 5, 10 y 8, 5, 12.

- ¿Me conozco? ¿Me conozco bien? ¿Aprendí a navegar por mi interior?
- ¿Cómo me veo, cómo me percibo, como me siento? ¿he aprendido a amar?
- ¿Cuáles son mis cualidades? ¿Qué defectos y debilidades reconozco en mí...?
- ¿Vivo prisionero de la imagen, de las racionalizaciones, de las codicias?... ¿cuáles?
- ¿He descubierto en mí el pozo de la paz y la alegría de vivir?, ¿cómo se manifiesta?
- ¿He crecido en libertad interior o vivo pendiente del qué dirán, de la imagen que debo dar?
- ¿Qué valoro más, ser reconocido o ser yo mismo? ¿Soy humilde o vivo para la galería?
- ¿Cómo son habitualmente mis sentimientos, de paz y alegría o de miedo, turbación, ansiedad?
- ¿Cómo se manifiestan: ¿alegría o crítica ácida?, ¿alabanza o reproches?, ¿confianza o...?
- ¿He asumido mi propia historia? ¿He sanado mis heridas? ¿Me reconcilio frecuentemente?
- ¿Manifiesto fortaleza, serenidad, equilibrio, tolerancia... o todo lo contrario?
- ¿Qué me propongo rectificar y qué tareas asumir en orden a crecer en autenticidad personal?

b. Relaciones con los demás: la comunidad.

“¿En qué debemos ejercitarnos mientras estemos en este mundo? En el amor fraterno. Tú puedes decirme que no ves a Dios; pero, ¿puedes decirme que no ves a los hombres?” TSJ 5,7

“No hay verdadera amistad, sino entre aquellos a quienes Tú, Señor, unes entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones pro el E. Santo que nos ha sido dado” Conf. 4,4,7.

“Es la caridad la que se observa principalmente entre sí; es la que regula su alimento, sus palabras, vestido y semblante, y les une y les concierta, y su violación, es a sus ojos ofensa al mismo Dios. Arrojan lejos de sí y rechazan todo lo que podría serle obstáculo...” LCI 1,33,73

- ¿Cómo es tu experiencia de la vida comunitaria? Lo que te gusta o disgusta, lo que te da...

¿Qué valores aportas a la misma? ¿Cómo practicas eso de que *la comunidad es el amor al prójimo en acción*? Si la fraternidad es el verdadero culto a Dios, ¿cómo va el culto en tu templo?
 -Si la comunión de bienes es el signo que valida nuestra fraternidad, ¿qué tan transparente eres?
 -¿Te preocupa más el ser o el hacer? ¿Qué tiempo das a uno y qué al otro?
 -¿Qué peso tiene en tu vida la amistad, la comunión de bienes, la oración, el estudio y el apostolado?
 -¿Cómo vives los valores de la amistad (querer bien, -benevolencia-; decir bien, -benedicencia-; hacer bien, -beneficencia-; confiar -benefidencia-? -¿Cómo vives la espiritualidad agustiniana?
 ¿Has pensado alguna vez en convertirte de verdad? ¿Qué te lo impide?
 -¿Qué me propongo rectificar y qué tareas asumir en orden a crecer en fraternidad?

c. Relaciones con la misión: el apostolado

“Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad; mas Tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: por eso murió Cristo, por todos, para que los que vivan ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos Conf.. 10,43,70

“No se lancen a trabajar con orgullo ávido, ni huyan del trabajo con torpe desidia... No antepongan su ocio a las necesidades de la Iglesia.” Coment. Salm 41,9

-¿Como anuncias y haces presente con tu vida el Reino de Dios (amor, misericordia, justicia...)?
 -¿Huyes o asumes la tarea de evangelizar en serio? ¿Cuentas con los demás, trabajas en equipo?
 -¿Crees lo que anuncias? ¿Vives lo que crees? ¿Predicas lo que vives?
 -¿Estudias para dar respuestas a los interrogantes de hoy en tu apostolado?
 -Has llegado a un equilibrio entre acción y contemplación?
 -El servicio a Dios -apostolado- ¿es en ti un buen medio para poder contemplarlo?
 -¿Qué me propongo rectificar y qué tareas asumir en orden a ser mejor pastor, mejor apóstol?

d. Relaciones con Dios: los votos como consagrados

“Vivir cerca de Dios no es cuestión de espacio sino de afecto. ¿Amas a Dios? Estás cerca de Él. ¿Le has olvidado? Estás lejos. No hace falta pues que cambies de lugar. Cambia de corazón”. S.A. “De ninguna otra cosa debe preocuparse uno en la vida sino de elegir lo que se ha de amar” S 96,

-¿Cómo es mi relación con Dios? ¿Tengo vida de oración, o soy un activista nato?
 -¿Qué lugar ocupa la lectura, el estudio y la meditación de la Biblia en mi vida?
 -¿Busco incesantemente la voluntad de Dios, o...? -¿Es Dios tu única riqueza o presumes de tus cualidades y obras? -¿De qué manera respondes al amor incondicional de Dios?
 -¿En qué aspectos de tu vida sientes que Dios te ha salvado, te ha liberado?
 -¿Me siento realmente un “consagrado a Dios”? ¿En qué medida?
 -¿Qué hechos, actitudes, posturas, quiebran mi consagración al Señor?
 -¿Sientes que los votos son una carga o un impedimento para la realización personal?
 -¿Cómo los vivo? -Coherencias, incoherencias...¿Cuál es el voto que más me cuesta? ¿Por qué?
 -¿Qué me propongo rectificar y qué tareas asumir en orden a vivir mi vida religiosa como consagrado?